

LA MADRE NO ENSEÑA
AL NIÑO EN SU PRIMERA INFANCIA SINO LO QUE
APRENDE DE EL.

¡Cuán interesante es el espectáculo que ofrece la dificultad, el embarazo, la inquietud que experimenta una joven madre, inexperta en la maternidad, para manejar su niño, distraerle, hacerle jugar y comunicarse con él! No sabe qué hacer con el precioso dígito, la prenda querida, el ser misterioso, el enigma viviente que en su cuna parece esperar que lo acaricien, que lo contemplen, que adivinen sus deseos. Ella lo admira, dá vueltas en derredor de él, teme lastimarlo, y hace que lo tome una persona mas hábil, su madre, la experimentada abuela. Tan interesante torpeza hace sonreír al testigo discreto que en silencio la observa, como natural en una joven, porque la facilidad no se une á la gracia, sino en la que ha llegado á ser verdaderamente muger, ejercitada por sus afectos.

«Pocos años há, dicele su madre, eras una niña. Recuerdo que á los quince todavía, con el pretexto de ensayar las modas, vestías las muñecas; y cuando estabas sola (no me lo niegues) las besabas y las mecías. Pues bien: ya tienes una muñeca viva, ¿por qué no haces lo mismo? Vamos, juega con ella, que nadie te mirará....

—Pero, si no me atrevo.... Si con esta tengo miedo.... ¡Es tan delicada! Si la tomo, llora; y si la dejo, llora también.... ¡Temo romperla!»

Hay madres tan absortas, tan perdidas en el éxtasis de esta contemplación, que todo el día se estarían de rodillas delante de su niño. Por medio de la lactancia, de la mirada, ó de algun canto de nodriza, se sienten unidas á él, y ya no desean mas. Pero no es esto solo: la unión se estrecha mas todavía por medio de la voluntad activa del niño.

—«Si su acción no se une á la tuya, ¿cómo sabrás si te ama? La actividad de tu niño va á desplegarse en el juego, que, mas que la lactan-

cia, creará entre vosotros una estrechez con todos los efectos de una lactancia de inteligencia.

Necesario es, pues, que jugando despiertes su alma infantil, su pensamiento, su voluntad. En él hay una personalidad; evócala, y tendrás la dicha de que su corazón, su deseo, su actividad no tengan mas objeto inmediato que tú misma. Con tu auxilio, no seguirá el primer impulso de su libertad, sino para volver á ti misma.... ¡Ah! ¡y con cuánta razón!... ¡Con qué buena voluntad nos volveríamos todos al regazo materno, después de haber experimentado las falsas felicidades de este mundo!

—Bueno, ¿y qué haré?... Sin duda que yo sería muy dichosa, si llegase á ser su compañera de juegos, su amiga; pero, ¿qué hacer?...

—Poco ó nada; sobre todo, lo que él mismo haga. Observémosle. Lo pondremos en la yerba soleada, sobre esta alfombra de flores. Bastará que lo mires: sus primeros movimientos te guiarán: verás cómo te enseña. ¡Ah! ¡cuántas cosas enseña un niño á su madre! ¡Cuántas aprendí yo de ti! Si, no lo dudes, hay tantas promesas hechas entre la muger y la virtud en esta protección incesante debida á un ser débil, que nosotras no estamos en nuestra verdadera esfera de acción, sino cuando somos madres. Entonces desplegamos nuestras fuerzas, practicamos todos los deberes de la vida y experimentamos todas las felicidades posibles.

Verás cómo cada día, cada hora, descubres en tu tierno niño una dulzura, una gracia, una belleza, una perfección. Esta inteligente criatura no es ya, como en sus primeros meses, una joya maravillosamente organizada: el ser moral, el hombre, comienza en el niño antes de lo que comunmente se cree.»

Admirados los ojos de un niño ante el espectáculo que le ofrece el universo creado, en el cual todo lo ha de ver y aprender, refieren las sorpresas del alma á la madre que en ellas sabe leer: sus miradas limpiadas y profundas desenvuelven, como el agua pura de los lagos, todas las imágenes, á quien las quiere buscar; porque los ojos de un niño son transparentes y hermosos cristales para quien lo ama.

Sus movimientos, sus gritos, sus acciones, impotentes, y los juegos que les siguen, no son del todo arbitrarios.

«Esta primera actividad, dice Fröbel, nos refiere y nos renueva las inclinaciones, ideas y necesidades que la humanidad tuvo primero. Verdad es que puede interponerse algun elemento oscuro en nuestras razas alteradas; pero no por eso deja de ser la revelacion de un lejano pasado y de sus instintos de porvenir. El juego es un espejo mágico donde basta mirar para comprender lo que fué el hombre, lo que será y lo que es necesario hacer para guiarle.»

Deduzcamos de esto, sin vacilar, el primer principio de esta educacion que comprende á todos los demás: *La madre no enseña al niño en su primera infancia, sino lo que primero aprende de él.* Esto quiere decir que la madre descubre en el niño los primeros gérmenes de lo que ella misma desarrolla en él. Esto quiere decir que ella vé en su niño, como resplandor, lo que en su día llegará á ser luz.

Empero confuso por un caos de cosas que le impresionan á la vez, espera tu auxilio para aclararlas y distinguirlas. He aquí el asunto en que brilló el ingenio de Fröbel, y en que verdaderamente, á fuerza de sencillez, encontró lo que los sábios habian buscado en vano, el misterio de la educacion. Este aleman conservó la facultad de volver á sentir las impresiones de su infancia.

«En la mia, dice, estaba envuelto en una densa niebla. No ver ni oír nada es una especie de libertad; pero á medida que nuestros sentidos nos transmiten tantos sonidos ó imágenes, la realidad nos oprime. Un mundo de cosas incomprensibles, sin orden ni encadenamiento, nos impresionan á la vez sin consultar nuestras fuerzas, y nos admiran, inquietan y excitan demasiado. De tantas impresiones efímeras solo nos queda la fatiga que nos han ocasionado; y es una felicidad que acuda en nuestro auxilio una providencia amiga, y nos presente con orden ciertos objetos para que, haciéndonos familiares, no nos ocupen sino aliviando nuestro cansancio y librándonos de esta Babel.»

Así, pues, esta primera educacion, lejos de ser un tormento para el niño, es un auxiliar, una libertadora que lo saca del caos de impresiones demasiado diversas que le oprimian. La madre, presentándole las cosas en orden, una á una, para que las examine y las maneje cómodamente, dá á su niño la verdadera libertad que su edad reclama.

Para trazarse en esta via un método bueno y seguro, basta comprender bien las tendencias del niño. ¡Cosa muy fácil para la que inclinada día y noche hácia él, lo contempla informándose únicamente de lo que es, de lo que quiere y del bien que puede hacerle!

«Quiere que lo halagues, que te ocupes siempre de él, que le prodigues tu amor.... ¡Oh! ¡qué fácil es todo esto para tí!... Quiere vivir mucho, y siempre mas; ensanchar el círculo de su accion, moverse, variar de objetos, de lugar, de vida. Quiere ser libre.... No te asombres; libre en derredor de tí, lo mas cerca posible de tí, tocando tus vestidos; y sobre todo, libre para abrazarte.

En la senda de sus descubrimientos, preocupado como está con tantos objetos nuevos para él, quiere conocer; pero conocer por tí. Siempre te preguntará, siempre irá á tí, no por un instinto de ignorancia y debilidad, sino por no sé qué sentimiento que le dice que todo por tí le llega dulce, amable y bueno, que eres la leche de la vida y la miel de la naturaleza.

Tan pequeño, que apenas puede hablar y andar, te encuentra muy hermosa. Cada objeto es bello para él, segun el grado de semejanza que contigo tenga. Al ver de cerca ó de lejos todo cuanto le recuerda las suaves formas de su madre, dice claramente: *eso es bonito*. Cuando son cosas inertes, percibe menos la relacion que tienen con tu animada belleza; pero aun en estas cosas influyes mucho sobre su juicio. La simetría de los órganos y formas pareadas de tus manos, ojos, etc., forma su idea de armonía.

Por lo demás, lo verdaderamente admirable que hay en él es su riqueza de vida, que la presta liberalmente á todos los objetos.

Los mas sencillos le agradan mas. Dále, pues, cosas de formas elementales y de figura regular, para que pueda agruparlas jugando. La naturaleza, en sus mejores ensayos de composicion, dá cristales. Pues bien: haz como ella, dále al niño formas análogas á los cristales. Puedes estar segura de que las combinará de mil maneras: tal es su tendencia; y si no le das nada, se ensayará con la arena que se resbala, se desliza y huye siempre.

Muchas complacencias te han de proporcionar sus invenciones, porque todas las hará para tí. «Mira, mamá, mira (nada tan satisfactorio para él como lo que acaricie tu mirada ó bendigan tus ojos), esto es para tí.... si no es bonito, te lo haré de otro modo... En fin, de tí parte siempre, y á tí siempre vuelve: eres el círculo de su vida.»

¡Dichosa la de la infancia! ¿Quién la recuerda sin suspirar? ¿Cuál otra mas sagrada? Ni aun la venerable ancianidad. Esta es como un agua reposada, en cuyo fondo se han precipitado todas las impurezas de la vida; pero la infancia es un manantial que se agita sin enturbiarse, porque es puro hasta el fondo. Los ancianos tienen la ciencia de lo bueno y de lo malo; pero la ignorancia infantil es como la nieve de las mas altas regiones, que ni aun los pájaros la han hollado.

J. T. L.

RELACIONES

DEL ORDEN FÍSICO CON EL INTELECTUAL, MORAL Y SOCIAL DEL HOMBRE, BAJO EL INFLUJO DE LA EDUCACION.

La vida social de la humanidad está sometida á las leyes del organismo, como lo está la vida física del individuo: por esta razon, el papel que la muger desempeña en la educacion, aun en la parte que concierne al desarrollo físico del hombre, es tan delicada y trascendental para el porvenir de las generaciones.

Al depositar la naturaleza en manos de la

madre un tierno sér en quien apenas se manifiesta su vida aislada, lo hace de un precioso tesoro que encierra quizá los gérmenes del futuro destino de cien pueblos y cien generaciones, porque un individuo puede ser á la vida de la especie, lo que un órgano importante del cuerpo es á la vida del individuo, ya se considere en su naturaleza física, ya en su condicion moral é intelectual.

No se crea que, dedicados á las tareas de la educacion, y mas especialmente á difundir el conocimiento de la importancia que la muger tiene en ellas, pretendemos dar una idea exagerada de la influencia de esta ciencia social en los destinos de las naciones. Muy al contrario: al rasgar el velo del olvido con que desgraciadamente se ha cubierto el vasto teatro en que la muger consagrada á la educacion debe desplegar sus prodigiosas facultades, lo hacemos con la estudiada parsimonia que reclama el espíritu de la opinion general en esta parte, á quien pretendemos inclinar á que admita las doctrinas sancionadas ya por la civilizacion; y si alguna vez apareciéramos demasiado exigentes en favor de un objeto que ya forma en los progresos humanos la base fundamental de los del mundo moderno, lo haremos arrastrados por el deber que nos impone la verdad, á cuyo culto reserva nuestro corazon el tributo mayor que puede pagar en la tierra. ¡Si! porque la muger, á quien hasta los filósofos modernos mas exagerados en sus teorías humanitarias y sociales niegan una condicion igual á la del hombre, es para nosotros la mitad mas excelente del linaje humano, y el elemento activo mas poderoso en el desarrollo que ha de conducirle á la realizacion de su elevado destino. Creemos poder comprobar á cada paso la verdad de nuestros principios, y mas particularmente cuando, como hoy, descendemos á estudiar su papel en la reducida órbita que los menos justos con ella han trazado á las evoluciones de su actividad para el concurso armónico de la vida social, en la que no han podido menos de concederle una parte, aunque pequeña. Vengamos, pues, á demostrarlo en algunas

consideraciones generales sobre las relaciones de la vida física del hombre, que tan dignas son de estudio, para que de manos de la educación salga un todo completo; y que ella, el auxiliar poderoso de la naturaleza, dé el debido cumplimiento á las leyes indeclinables de sus delicadas armonías y relaciones, á fin de que el hombre llegue á un grado de elevación y mejoramiento que ataje y contenga el empobrecimiento y degradación á que le conduce el abandono en que se le deja.

Muchos reconocen en la mujer dotes especiales, que hacen de ella el mas escogido agente para la educación física del hombre. Otros la conceden gran importancia para este fin, no tanto por una aptitud especial de que carece el hombre, cuanto por imponerla la pesada carga de los asiduos cuidados que requiere, los sacrificios y privaciones que exige. Pero los que de este último modo discurren, procuran que no se ilustre lo bastante para el desempeño de este deber, al paso que los primeros se limitan á dejar en un abandono completo su instrucción, á fin de que no llegue un día en que sea injustificable negar su importancia en la vida social de la humanidad. Mas al exquirar así unos y otros la verdadera razón de estos hechos, el orgullo, mas que otra cosa, no les permite confesar, ó no advertir que hay una abdicación completa de esa ilusoria superioridad que se atribuyen, al entregar á la ceguera ó ignorancia en que mantienen á la mujer todo el destino humano, la suerte y la vida de las generaciones, con solo relegarla á los oficios mecánicos que requiere la condición física del individuo. Semejante sistema es la continuación de esa educación fatal que viene pesando sobre las generaciones, y que las arrastra por cierto de generación en generación á la impotencia y á la muerte. Preciso es pues reconocer: que si nadie puede eximir á la mujer de los deberes naturales que la maternidad la impone en la educación física, y todos descuidan en ella los penosos afanes que la conservación de la salud y la vida de la infancia reclaman, en estos hechos se declara la

gran consideración que merece y la importancia que tiene su influencia en el desarrollo completo del individuo bajo el influjo constante de la educación, de la que por este solo hecho ella es el agente natural durante el período mas delicado de la vida, que lo es el de mas trascendencia en el porvenir de los individuos, puesto que en él se esparce la semilla que ha de germinar y fructificar despues.

En efecto: los primeros cuidados y atenciones de que es objeto la criatura humana desde su aparición en el mundo, son ya en sí mismos de tal influjo y trascendencia en su futuro modo de ser, que nadie puede desempeñarlos con el esmero y acierto propio solo del intenso cariño de madre; y pareceria paradójico indicar solamente cuanto sobre su importancia pudiéramos decir, al elevarnos del individuo á la sociedad, que es nuestro objeto, á no demostrar antes las delicadas relaciones por las que cada uno de los actos físicos de la vitalidad afecta esencialmente á toda la condición del hombre, y en ella á la sociedad, para hacerlo tambien á la humanidad entera. Empecemos, pues, á comprobar, aunque de una manera ligera, la existencia de tan maravillosas é innegables relaciones, para que por ellas se vea que la mujer, dueña de la educación física del individuo, lo es igualmente de la moral é intelectual, y hasta por su influjo se convierte en árbitro de los destinos de la humanidad.

El desarrollo físico del hombre es el mas interesante para los fines inmediatos de la educación, no solo porque sin la existencia son imposibles los demás, sino porque él influye sobre todos los elementos que constituyen la condición humana, que están íntimamente ligados y asociados á una acción común, y parecen obrar sometidos á una fuerza tambien común, para producir á la vez efectos sensibles sobre nuestro cuerpo, nuestro entendimiento y nuestro corazón, y mover nuestros pensamientos y nuestros sentimientos.

Examinemos con separación las relaciones del cuerpo con la inteligencia y la moralidad.

En las primeras hallaremos desde luego que la existencia del pensamiento depende del buen estado de la masa cerebral, porque en ella residen los poderes intelectuales que han de elaborarlo; en ella se apercibe el alma de las sensaciones externas que le dan origen, transmitiendo las impresiones por medio de filamentos nerviosos que del exterior vienen a parar á su centro para establecer esta comunicacion necesaria con el alma, así como por otros nervios iguales son comunicadas desde ella á los miembros las órdenes que preceden á la locomocion. He aquí los lazos de esa accion combinada entre el espíritu y la materia, el alma y el cuerpo.

Pero no necesitamos continuar en el examen de fenómenos psicológicos y fisiológicos para evidenciar las relaciones y dependencia mútua del entendimiento y el cuerpo, porque la persona mas ignorante sabe por propia experiencia que las enfermedades del cuerpo obran muchas veces directamente sobre la inteligencia, así como los esfuerzos sostenidos del entendimiento producen un efecto nocivo sobre la salud del individuo; y que estos fenómenos no reconocen ni pueden reconocer otra causa inmediata, que las íntimas relaciones que ligan la naturaleza física é intelectual del hombre.

Sigamos las diversas fases del desarrollo regular porque el niño pasa hasta hacerse hombre, y veremos muchas veces que los progresos del cuerpo y del entendimiento se prestan un mútuo apoyo, así como otras se contrarían recíprocamente, pero que siempre se mantienen y marchan en un estado de mútua dependencia. De aquí el que la inteligencia se fortifique con el vigor del cuerpo, ó se resienta á cada una de las crisis porque pasa en sus naturales transformaciones.

Si las influencias educativas bajo las que camine sometido el niño durante su desarrollo turban estas naturales armonías, especie de equilibrio en que consiste el buen estado del hombre sano é inteligente, se advierten desde luego efectos bien opuestos, esto es, que una excitacion excesiva, producida por un trabajo intelectual mayor que el conveniente, puede

débilitar el cuerpo, del mismo modo que un desarrollo físico exhuberante puede entorpecer la inteligencia. Estos resultados, no muy extraños por desgracia, prueban la necesidad de que la educacion, y muy particularmente su principal agente, que es la madre, tenga en cuenta y de la misma importancia, por regla general, á la inteligencia y al cuerpo del niño, al reconocer los obstáculos que se oponen á su desarrollo regular y armónico, objeto que no se llenará jamás en la primera edad de la vida, si la muger convenientemente preparada no es la que dirige por completo las tareas de la educacion.

Tan cierto es que la salud y robustez del cuerpo, en su desarrollo progresivo, contribuye poderosamente al de la inteligencia, que una sola observacion en el estado enfermo de la infancia es mas que suficiente á demostrarlo. Fijémonos en lo que sucede ordinariamente á los niños que sufren bajo el terrible influjo de humores escrofulosos, y advertiremos desde luego que á la atonia de su sistema linfático, á sus carnes fofas y pálidas, á sus abultadas paperas, su talla pequeña, sentidos poco enérgicos, voz ronca é inarticulada, sigue muy en breve una casi imbecilidad mas ó menos marcada, á que contribuye muy mucho la ignorancia en que se los mantiene por privarlos de la mas precisa instruccion y hasta educacion, creyendo que es necesario para aplicar mejor los medios de curacion á su padecimiento, que producen por cierto bien efimeros resultados. Pero si á los cuidados corporales bien entendidos, de que estas infortunadas criaturas deben ser objeto, se reuniese una educacion intelectual escogida; si ejercitasen poco á poco su atencion, su memoria y su juicio para que recibiesen alguna instruccion, aunque corta, entonces se veria su cuerpo transformado gradualmente, y participar del desarrollo de la inteligencia que apenas se habia manifestado antes; apareceria la vivacidad en sus ojos, la expresion en su fisonomía; se entregarían con placer á un trabajo que hasta entonces les habia sido extraño, y de los ejercicios del cuerpo, que les habrían causado una

repugnancia invencible, les resultaría una disminución progresiva de los caracteres mórbidos que acabamos de atribuirles. De este modo su desarrollo físico volverá á una nueva vida, merced á la vida de su inteligencia. ¡He aquí palmariamente demostrado que nuestros órganos corporales influyen en el desarrollo de nuestra inteligencia, y que el de nuestras facultades intelectuales influye á su vez en nuestro desarrollo físico.

L. R. y P.

CARACTERES DE LA ENVIDIA.

Esta triste, melancólica y desgraciada pasión conduce á codiciar las ventajas que disfrutan los demás, y á mirarlos con amarga pesadumbre. Entre las enfermedades crónicas del alma, es la que mas fatalmente obstruye los manantiales de la vida moral, y la que mas compromete la paz y ventura de la humanidad. Es el cáncer mas devorador del corazón, porque llega á destruir en él los gérmenes de todas las virtudes. Es uno de esos profundos y angustiosos padecimientos morales que reconcentran la sangre en los órganos interiores, y de aquí la penosa opresión, los suspiros entrecortados, las palpitaciones violentas, y en muchos casos los aneurismas mortales: por eso, con razón, los poetas han representado á la envidia por una muger pálida y flaca, que se alimenta de plantas venenosas.

La envidia es la depravación del amor propio, la locura del orgullo y de la vanidad, y casi el último grado de la demencia: lleva en pos de sí el odio, la injusticia, la calumnia, la hipocresía y todas las malas pasiones. Esta culpable monomanía ahoga en el corazón del que la padece los principios de equidad y dignidad, y hasta los sentimientos de afecto y gratitud.

Constantemente animada del mismo afán, la persona envidiosa observa al objeto de su mala pasión con la frente lívida, con la mirada inquieta y sombría, síntomas precursores del crimen. Para alcanzar sus fines emplea medios bajos, miserables, pérfidos; y anhelando siempre la fortuna, la felicidad y la gloria de los demás, nunca sabe ni puede merecerlas. Semejante á los reptiles que huyen á esconderse, evita las miradas y realiza sus siniestros proyectos en la oscuridad, procurando disimular, ante las personas

honradas, la vergüenza que le cubre de infamia á sus propios ojos. Nada le satisface, nunca vé las cualidades de quien le desagrada tales como son, y á toda acción atribuye malicia ó cálculo, creyendo descubrir una nueva ridiculez. Es acre, imprudente, disputadora, grosera, y adopta siempre el partido de no querer desengañarse y de mirar con enfado la luz que podría esclarecer su entendimiento y restituir la paz á su alma. Así se consume en angustioso pesar; y por industriosa que sea para ocultarlo, aflige á todos cuantos la rodean, y ninguno se atreve á decir ni ejecutar nada delante de ella, temiendo interpretaciones malévolas.

¿Parecerá injusta ó severa la opinión de que, por lo general, las mugeres están mas sujetas que los hombres á la envidia? Sin duda que su dulzura natural es un preservativo contra la violencia de las pasiones opresivas; pero la violencia de la envidia es interior, y las contrariedades que las conveniencias de su sexo les imponen desde muy temprano, pueden redoblar en el fondo del alma una agitación tanto mayor, cuanto mas las exponga la delicadeza de sus sentimientos á una viva susceptibilidad.

Las mugeres, que saben bien lo que sufre su sexo, deberían amarse y protegerse; pero suele suceder lo contrario. El espíritu de concurrencia y la envidia producen una hostilidad que parece instintiva, y aun pasa mas allá de la juventud; pues hay señoras que no perdonan á la pobre costurera, doncella ó criada el ser jóven y bonita.

La muger envidiosa de otra no la juzga merecedora de ningún bien que posea, y á pesar de los impulsos de un corazón, en el cual los extragos de este mal no han extinguido aun la bondad, todo cuanto la aflija será causa de un criminal placer de que la envidiosa no se preservará sinceramente. Pero esto no es nada todavía; la envidiosa no se contentará con ser injusta, y el odio, esta horrible pasión que nunca debería caber en el corazón de una muger, formado para la dulzura y el amor, vendrá á derramar sus venenos. Entonces, olvidando los deberes que la Religión impone, no le bastará aplaudir el mal que experimente el objeto de su odio, sino que se lo deseará y hasta se lo causará. Semejante estado, tan contrario á la naturaleza, debilita las fuerzas físicas, altera la salud y produce una excitación febril que suele tener un término funesto.

No es fácil imaginarse el acerbo sufrimiento que atormenta incesantemente á un corazón devorado por

la envidia. He aquí lo que una señora muy respetable, á quien tuve la honra de conocer viajando en un vapor desde Málaga á Cádiz, me refirió, á propósito de haberle leído delante de mí la menor de dos lindas hijas suyas que la acompañaban, la noticia que daba un periódico sobre el suicidio de una joven, cuyos antecedentes patentizaban que una profunda envidia le había trastornado la razón.

Estaba yo, dijo, recién casada en Cádiz, donde mi esposo desempeñaba un empleo del Gobierno, cuando habiendo sido destinado á Madrid, tuvimos que abandonar la *Taza de Plata* en que nací para establecernos en la coronada villa. La casualidad me relacionó con una señora viuda y una hija suya que habitaban el cuarto contiguo al mío, en la casa número 61 de la calle de las Huertas. La hija, joven de veinte y cinco años, tenía, respecto á su físico, todo lo necesario para agradar, y regularmente cultivada su inteligencia, porque había recibido su educación en un colegio; pero no debía muchos favores á la fortuna, y estaba en muy modesta medianía. Mi trato le gustó, no sé por qué, me visitó algunas veces, y nos hicimos amigas, tampoco sé por qué.

Malvina, que así se llamaba, tenía en su corazón una tristeza que la minaba, pero cuya causa no me era posible adivinar. Permanecía aislada, encerrada en su casa semanas y meses enteros; huía de la sociedad, y á nadie veía sino á mí muy rara vez. Su mal empeoraba muy notablemente; una palidez espantosa, una tos seca y frecuente y otros síntomas anunciaban que una pesadumbre intensa destruía lentamente su organización. Cuanto más la veía yo padecer, más la colmaba de atenciones, cuidados y amistad; y hasta tuve el placer de hacerle algunos servicios importantes, por los cuales no me mostró el menor reconocimiento, lo que atribuí á su enfermedad.

Uno de esos hermosos días del otoño en que un sol radiante convida á los madrileños á pasear, busqué á Malvina y la invité á salir, lo que no conseguí sin gran trabajo.

«Querida mía, le dije, hace algunos días que me tiene inquieta esa palidez: debería V. cuidar más de su salud.

—Quisiera estar ya muerta, porque es el único medio de librarse de esta gran farsa que se llama mundo.

—Debería V. distraerse, salir más á menudo, frecuentar la sociedad.

—¡La sociedad! ¡Oh! la detesto, y me rechaza.

—¡Oh, eso no es posible!

—Sí, me rechaza, porque le he mostrado todo el desprecio que me inspira; me rechaza, porque le he dicho que su *urbanidad* no es más que hipocresía, su *buen tono*, simpleza, necedad, sus *buenas maneras*, ridículos visajes; me rechaza, en fin, porque tengo bastante conciencia de mi dignidad para no someterme servilmente al insolente yugo de la etiqueta.

—Sin embargo, la etiqueta es necesaria para sostener en los inferiores el respeto que deben á sus superiores.

—No reconozco superiores, y nunca iré á sancionar con bajas demostraciones la injusticia de la suerte, que ha hecho duquesa ó marquesa á una muger que nada me importa, para relegarme yo á una clase humilde.»

Como ví que Malvina empezaba á exasperarse, la hice entrar en una iglesia, donde había mucha gente. Un sacerdote celebraba un matrimonio, y la joven desposada era notable por su belleza y su aire simpático y decente.

—Vámonos, me dijo Malvina, porque este espectáculo es insulso.

—Sin embargo, no me ha parecido mal la novia.

—Parece un monstruo, y apostaría á que es una imbécil.

Salimos, y nos encontramos en la puerta de la iglesia con dos señoras ricas y elegantemente puestas, que probablemente habrían sido invitadas á la boda. Apenas las hubo visto Malvina, volvió los ojos para fijarlos en su propio traje, que era sencillo, pero decente. Por una casualidad, que me pareció muy singular, dió un mal paso; y, sin duda para evitarse una caída, pisó de tal manera en un charco de lodo, que ambas elegantes fueron salpicadas de pies á cabeza. Quise volver para dar excusas...

—¡Báh! ¡báh! dijo deteniéndome, no vaya V. á humillarme ante dos modistas que van á la boda de un hortera.

—Se engaña V., contesté, porque se han bajado de ese carruaje que lleva escudo de armas.

—No por eso valdrán más, probablemente, y yo me estimo en más que ellas, aunque voy á pié y no tengo escudo de armas.

Seguimos nuestro camino, y pasamos por delante de la casa de un banquero afamado por su probidad é inmensa fortuna.

—He aquí, me dijo Malvina señalando la casa, una prueba de que la fortuna es ciega. Quisiera saber si este estúpido, que no sabe más que sumar y restar, ha usado enteramente el par de alpargatas y el gorro de lana con que llegó á Madrid. ¡Ay amiga mía! añadió suspirando, ¡qué feliz sería yo si tuviese veinte mil duros de renta!

Un poco más allá fuimos salpicadas á nuestra vez por un magnífico cupé tirado por cuatro soberbios caballos, en cuyas guarniciones brillaban con profusión el oro y la plata.

Malvina se inmuto, y poniéndoseme delante dijo con amarga ironía:

—¡Vaya! ¡alabe V. ahora la civilización! ¡Hábleme V. de la justicia con que esa muger puede impunemente atropellar en la calle á dos personas honradas!

—¿Conoce V. á la que vá en ese carruaje?

—¿Que si la conozco! ¡ciertamente que la conozco!

—¿Y quién no la conoce?

—¿Cómo se llama, dónde vive?

—No lo sé; pero es muger de un opulento usurero que engorda con la sangre de los pobres.

Conoció que Malvina iba á caer en uno de sus accesos, y me la llevé á casa, proponiéndome pasar con ella el resto del día para distraerla.

Al entrar me entregó mi portera un pliego que me habian remitido del Ministerio de Gracia y Justicia. Tan luego como hubimos penetrado en mi cuarto, leí el oficio, y tuve la satisfacción de ver que S. M. habia concedido á mi madre, que seguia residiendo en Cádiz desde que se quedó viuda, una pension, como recompensa de los buenos servicios que mi padre habia prestado. En el primer impulso de mi alegría, presenté á Malvina la comunicacion del ministro para que participase del placer que yo experimentaba.

Mientras la estuvo leyendo, sus facciones se contrajeron, sus ojos centellearon, se le puso verdoso el semblante; y cuando hubo concluido, tiró el papel sobre el velador, y levantándose con una ira concentrada, me dijo:

—¡Ah! ¡Ah, señora! ¡Nos llama V. amigas á mi madre y á mí, y ha intrigado V. secretamente! ¡Este misterio ha sido una traicion, señora! ¡Sí, es V. una traidora!.. ¿Quién le ha dicho á V. que, gestionando para que su madre obtuviese esa pension no seguia los pasos de la mia? ¿Cómo ha podido V. creer que mi madre no la merece mas?

—Me ha dicho V. cien veces que su madre no tenia derecho á solicitarla.

—¿Y si le he dicho á V. eso por modestia? Vámonos, vea que es V. como todo el mundo, y me voy de su casa para no volver jamás á entrar en ella. En seguida se marchó y no la volví á ver. Aquella última escena me acabó de abrir los ojos, pues yo me figuraba que Malvina era una hipocondriaca, y me habia equivocado... *era una envidiosa*. Ocho dias despues, su madre y ella se mudaron á otra casa, y á los tres meses supe que Malvina habia muerto.

En fin, si el envidioso quisiera reflexionar un instante, no tardaria en reconocer que todas las vanas ilusiones del rango, de las dignidades, de la fortuna, del lujo, y aun los eminentes privilegios del ingenio, del talento y de la belleza, no son elementos de felicidad, sino que, por el contrario, casi siempre son causas de disgustos, pesadumbres y tribulaciones.

Entonces envidiaria menos á los que las poseen, y no perseguiria con tanta ambicion los peligrosos fantasmas que le hacen abandonar las mas dulces y consoladoras realidades. La humanidad, la beneficencia, la piedad y todas las virtudes que pueden germinar en el corazon humano, suponen aquellas diferencias, y tienen por objeto dulcificar y compensar las desigualdades que forman el cuadro de la vida.

Es menester comprender que si Dios ha consagrado el principio de una desigualdad necesaria entre las criaturas humanas, no ha derogado su invariable ley de sublime equidad; y que la verdadera felicidad, que está con frecuencia muy distante de nuestras quiméricas ilusiones, se ofrece á quien quiere distinguirla, y se dá á quien la sabe adquirir. Si Dios no ha hecho cosa inútil, es indispensable que haya fuertes y débiles, ricos y pobres, felicidad y desgracia, para que la beneficencia y la piedad no nos hayan sido dadas sin objeto.

J. T. L.

CONSIDERACIONES

SOBRE EL ESTUDIO DE LA ARITMÉTICA POR LA MUGER.

El cálculo aritmético y sus aplicaciones á las necesidades ordinarias de la vida, es, y será mas cada dia, un objeto muy interesante en la enseñanza elemental que forma parte de la educacion de la infancia, comun hoy á todas las clases sociales. Es-

cusado nos parece demostrar la importancia de su estudio, cuando se observa hoy, tan pronto como se quiera, que no hay persona de mediana ilustracion que no deba á su cultivo la mejor parte del provechoso ejercicio de sus facultades intelectuales, á la práctica de sus operaciones y demostraciones, aun las mas correctas, el orden constante é invariable regularidad que su lógica precisa, elevada é indeclinable, imprime á todos nuestros juicios y razonamientos sobre cualquiera clase de asuntos, y hasta en los hábitos que contraemos en el manejo de los negocios interiores de la vida doméstica.

Nada diremos de la prueba que nos ofrecen los que, privados del conocimiento de sus principios mas sencillos, deploran amargamente su falta, y se consideran inhabilitados para realizar por sí solos pensamientos que harian su fortuna y labrarian su dicha. Pero si esto no basta á convencer de lo interesantísimo que es el estudio de los mas sencillos rudimentos del cálculo, nos será suficiente observar que no hace muchos años se enseñaban á los niños algunas operaciones de una manera rutinaria, y se mantenian á la muger completamente extraña hasta á sus términos mas vulgares; mas hoy se extiende y mejora cada dia su enseñanza razonada, llegando hasta el punto de que, aun para la instruccion de la muger, se considere un ramo de enseñanza general y obligatorio, y que veamos ya á muchas hacer aplicacion constante á la contabilidad de la casa, en la parte de gasto diario por lo menos. A la muger, pues, van encaminadas nuestras observaciones sobre este, como los demás ramos de instruccion elemental; ya con el fin de consolidar y ampliar la que debemos suponer en ella, madre ó directora de la educacion ó enseñanza de las niñas, ya con el de marcarlas la extension y orden en que en cada época ó período de la infancia hayan de recibirla por los medios mas eficaces y convenientes, que tambien las hemos de dar á conocer.

La aplicacion inmediata que la muger está llamada á hacer de la instruccion que en el cálculo aritmético reciba durante la infancia, es de un carácter tan especial, que determina por sí misma el gran interés que merece, al propio tiempo que circunscribe á límites bien claros la extension y circunstancias que debe reunir. Pero lo que mas principalmente nos debe llamar la atencion, al trazar á la muger el cuadro de los conocimientos aritméticos que ha de comunicar y difundir como agente de la educacion

intelectual en el hogar doméstico ó en la escuela, es, á nuestro juicio, el punto de partida, el orden y los medios porque han de fijarse en las tiernas inteligencias las primeras y mas exactas ideas sobre las relaciones de la cantidad numérica, sus principales operaciones y la aplicacion mas provechosa que inmediatamente debe darles. No se crea poder enseñar aritmética completa de una manera sólida y razonada, por un método ordinario, antes que la inteligencia de los alumnos se halle bien desenvuelta, porque falta la aptitud necesaria para penetrar en su estudio fundamental y científico. Y así, la misma diferencia que se advierte de una edad á otra de la vida al tratar de conseguir este objeto, se encuentra, y aun mayor, del uno al otro sexo. Pero aunque fuesen idénticas las condiciones de posibilidad en la muger para realizar esta enseñanza, siempre convendria apartarse de un trabajo que nunca puede ser en ella de una utilidad y aplicacion inmediatas. La muger necesita, si, aprender y cultivar el cálculo hasta que llega al estado en que ha de emplearlo como un medio importantísimo para el cumplimiento de obligaciones muy sagradas; pero debe tambien hacerlo en la órbita que estas mismas trazan á sus aplicaciones y sin pretension alguna de que, ensanchando el horizonte de sus estudios, en él venga á generalizarlo y penetrar en el vasto campo de las abstracciones para dominar el terreno de la ciencia. Esto supuesto, y debiendo ser la madre la que á sus hijos, y mas especialmente á las hijas, prepare conveniente para el conocimiento del cálculo aritmético ó numérico, á fin que no les sea en su dia incomprensible la enseñanza que ha de darles la profesora, ¿cuál es el punto de partida en esta preparacion, y cuál es el sistema ó método á que es indispensable sujetar los ejercicios que se establezcan con este objeto? Nada mas sencillo.

Obsérvese que la mayor dificultad que se presenta á la infancia en esta materia, es adquirir una idea clara de la abstraccion con que se pretende darle á conocer la cantidad numérica ó el número; de lo que resulta las mas veces que no pueden fijar el verdadero sentido en que se han de tomar las cifras destinadas á representarlo. Así, pues, es, á no dudarlo, indispensable fijar el punto de partida para la enseñanza del cálculo en la idea concreta del número, y continuar despues el estudio de sus relaciones y combinaciones á favor de la intuicion, á la que el testimonio favorece tanto en esta edad, por

ser el único medio seguro de llevar á la inteligencia ideas claras y precisas. He aquí, por qué una niña puede aprender á contar fácilmente muchos objetos idénticos y llegar á expresar su reunion ó conjunto por un número, habiendo comprendido perfectamente la idea de este. Porque sintiendo y conociendo las relaciones de identidad en que se hallan por su exámen material, le ha sido fácil irlos reuniendo ó agrupando para formar el todo, que también produce en ella la idea concreta del número. Esta consideración nos lleva insensiblemente á marcar como primer ejercicio de cálculo la presentación de varios objetos iguales á la niña, como manzanas, nueces, botones etc., para que pasándolos uno á uno, tan iguales y hasta idénticos, adquiera la idea de los agrupamientos sucesivos de uno, dos, tres, cuatro etc. que los expresan. Con este ejercicio la niña aprenderá con lentitud, al paso que con perfección, á contar los objetos que se vayan presentando á su vista; pero no se intente violentarla para que prescinda antes de tiempo del medio práctico á que hemos acudido, porque vendríamos á correr el peligro que con él hemos pretendido salvar, haciéndolo ignorado de la niña á poco tiempo, por el desuso en que lo habríamos dejado. Mas la idea completa del número, punto capital del cálculo aritmético, no nace solo de la que el agrupamiento sucesivo de objetos lleva á la inteligencia de la niña por la impresión que los mismos objetos materiales causan á los sentidos para producir en el alma la sensación de que emana la idea; se completa siempre con el conocimiento de las relaciones con los demás números: así que los ejercicios que hemos aconsejado, tendrán también por objeto inmediato y constante hacer que la niña aprenda también estas relaciones: lo diremos con mas claridad. Agrupando un objeto á otro, aprenderá que este conjunto se llama y forma el número dos, así como añadiéndole otro, el número tres, etc.; y al mismo tiempo deberá patentizársele para que lo aprenda, que un número ha ayudado á la formación de otro número, tanto por la agregación como por la segregación; puesto que uno y uno forman dos, dos y uno forman tres, tres y uno cuatro, etc., así como si de cuatro quitamos uno quedan tres, y de tres quitamos uno quedan dos, etc. Este ejercicio nos lleva á la composición y descomposición de los números, base radical á que viene á parar en último término el cálculo.

R. P.

LA FLOR DE LA TUMBA.

(Cuento fantástico.)

—Esto es singular, dijo el doctor Atanasio después de haber escuchado con gran atención las palabras de Margarita.

—Ved como yo no puedo dirigirme mas que á vos, dijo la jóven: á vos, que pasais por el mejor médico de toda la nación; á vos, á quien el rey nuestro señor honra con su favor; á vos, que...

—Nosotros sabemos bien cuánto valemos! contestó el doctor interrumpiendo.

—¡Ah, señor! si visitais á mi padre, si le quitais ese sombrío delirio en que ha caído desde la muerte de mi madre, yo rogaré á Dios que os conceda una vida larga y feliz; y me oirá, porque los hombres de bien son los elegidos.

—Esperemos: dijo el lacónico doctor, que rara vez hablaba mas que con monosílabos.

—¿Y creéis, señor, que la vida de mi padre está en peligro?

—Veremos, Margarita.

—Se queda muchas veces con los ojos inmóviles, y pasa horas enteras en un estupor de que nada se puede sacar; y cuando le dejo confiado, como ahora para venir á buscaros, á los cuidados de una vieja vecina nuestra, se duerme, y está casi dos días en un agitado y continuo insomnio.

—Pena profunda, razón alterada, dijo el doctor para sí; y oyendo el paso de su ético corcel, se alejó de Margarita para que no turbase sus meditaciones.

Era curioso ver en el camino de París á Vincennes una figura tan extraña como la del doctor. Era hombre como de unos cincuenta años, alto y delgado, y llevaba un sombrero á manera de torre de catedral; su nariz era larga y afilada, sus pómulos y mejillas tallados á facetas, su mandíbula inferior cubierta con una ligera barba de forma triangular, y sus hombros, codos y rodillas notablemente puntiagudos. Se le hubiera podido tomar por una rara armadura, ó una figura chinesca dotada de la facultad de moverse.

La jóven, que caminaba al lado del doctor en un caballo mas pequeño, podía tener diez y siete años. Sus facciones eran regulares y bellas, y la expresión de su fisonomía, á la vez severa y graciosa, parecía ser víctima de una viva inquietud. Sus cabellos negros caían en desorden sobre su espalda, y mas de una lágrima humedecía las largas pestañas de sus ojos negros.

Como á las nueve de la noche llegaron á la morada de Sebastian Larivet. Estaba, como de ordinario, adormecido; pero con el ruido de la puerta, que rechinó sobre sus goznes al abrirse, despertó sobresaltado y fijó sus ojos centelleantes en los recién venidos.

—¡Y bien! vosotros, dijo, ¿habeis llevado á la pobre Margarita, mi buena y hacendosa hija? ¡Mirad que hace ya dos meses que marchó!.. ¿No habeis visto dos hombres negros que la llevaban?

—Héme aquí, padre mio, dijo la jóven. Yo me llamo Margarita; soy vuestra hija, la que reemplaza en los cuidados para con vos á mi madre, á quien hemos perdido.

—¡Perdidol! ¡Oh, nó! ella volverá; yo la volveré á ver. Los hombres negros me la han llevado y la han encerrado en una prision de madera; pero yo la volveré á ver un día hermosa y buena como ella era!

A estas palabras, la figura del guarda-bosques tomó cierta expresión de alegría, y prorumpió en una risa es-

trepitosa y prolongada: despues, arrojándose de su lecho, empezó á correr y saltar en la choza, gritando:

—¡Ya ha sido hallada, ha sido hallada! ¡Allí la veo, vestida con su traje de bodal! ¡Lleva el velo blanco sobre la cabeza, y la frente ceñida por rayos de orol! Llegad, músicos, tocad la cancion nupcial; he aquí la bella desposada; ya llega...

Continuó cantando y danzando por su choza, hasta que cayó fatigado en el lecho.

—¡Señor, tened piedad de nosotros! gritó Margarita Larivet.

—¡Oh! Esto es singular, dijo el doctor Atanasio.

—¡Buen doctor! su salud está en vuestras manos.

—Síntomas descritos por Oribazius, murmuró el doctor.

Mientras Margarita prodigaba cuidados á su padre, el doctor sacó un grueso libro que ocultaba bajo su capa, y se puso á leer en voz baja:

«En el mes de mayo, al salir el sol, recogerás en una escudilla la rosa que caiga del romero, la de la borraja y otras buenas plantas, escepto la salvia, porque es cosa cierta que debajo de esta se reñenen animales venenosos... Mal remedio, mal remedio; veamos otro: Tómese aloes lavado, tres escrúpulos, raíces de calabaza silvestre, escamonea, almácigo, granos de laurel... ¡Detestable remedio!

De repente, como herido por una súbita inspiracion, Atanasio tomó sus tabletas enceradas, y sobre ellas trazó algunos caracteres con la punta de su estilete de hierro, y los entregó á Margarita.

—Mi querida niña, la ciencia humana no es nada; he aquí lo que ella puede hacer.

—¿Lo salvareis?

—Enfermedad larga, curacion dudosa, respondió el doctor, y se alejó.

La diligente vecina que cuidaba algunas veces al enfermo se marchó tambien, y Margarita se sentó en un gran sillón para velar á su padre dormido.

—¿Y qué he de hacer yo? dijo la jóven. ¡Me veo sola en el mundo, sin apoyo, sin consejo, falta de experientia! ¿Quién me protegerá?

Le pareció que en este momento una viva luz inundó la choza, y vió aparecer de repente un bello ángel, cuyos blondos cabellos descendian hasta la tierra, y en cuyas alas brillaban los colores del arco iris.

—Yo soy el ángel de tu guarda, le dijo; sigue mis secretos avisos, escucha sin cesar mi voz, y jamás te apartes del camino del bien. El cielo tiene piedad de tu desgraciada situacion; y la conducta que has observado siempre, te hace digna de ser protegida milagrosamente. Vé á la tumba de tu madre, recoge las flores que brotan á su alrededor, que una de ellas te servirá de guia y consejero.

—Debo creerlo, aparicion misteriosa? preguntó Margarita.

—Obedece con entera confianza.

—¿Será mi padre restituido á la razon y la salud?

—Ten valor, y escucha.

A estas palabras desapareció la vision, y, como empujada por un poder irresistible, Margarita tomó una cesta, corrió al cementerio, se arrojó sobre la fosa para dirigir una ferviente súplica á Dios, llenó su cesta de flores, humedecidas por el rocío de la noche, y volvió al lado de su padre al momento.

Al dia siguiente por la mañana estaban müstias todas las flores, á escepcion de una rosa blanca que brillaba con toda su fresca lozania y esparcia el mas dulce perfume. Margarita la puso aparte en un vaso. No sabiendo aun cuál habia de ser la influencia de esta flor sobre su destino, la

hija del guarda-bosques la contemplaba con una cariñosa mirada; y con gran asombro suyo, vió pasar una semana entera sin que la blanca rosa hubiese perdido nada de su frescura y su belleza.

Sebastian Larivet estaba siempre sufriendo: y el desorden de su espiritu se manifestaba mas bien por un profundo y obstinado silencio, que por una turbulenta agitacion.

—Padre mio, le dijo un dia Margarita, ha venido de Paris un escudero á reclamar la caza que vos habiais de suministrar para la mesa del rey nuestro señor. Vos estais mejor hace algunos dias, ¿si quisiérais cazar un rato en el bosque!

A estas palabras, Sebastian se levantó poseído de un temblor convulsivo.

—¿En el bosque de Vincennes dices? ¡Tú no sabes que no se encuentran allí mas que gamos y corzos! Nó; ¡jamás volveré á tomar mi vieja ballesta; jamás volveré al bosque, ni iré entre los matorrales!... ¡Ah! ¡tú no sabes nada! ¡tú no sabes nada!

Y el guarda-bosques dejó caer su cabeza sobre el pecho, quedando absorto en sombríos pensamientos.

Margarita, inquieta, buscó inútilmente el medio de alcanzar la explicacion de tan enigmáticas palabras: ellas daban á entender que la muerte prematura de su madre no era la única causa del delirio de Sebastian, aunque ella lo hubiera producido.

Este incidente aumentó el dolor de la desconsolada hija, que fué á salir de la puerta, apoyó su cabeza entre las manos, y empezó á derramar amargo llanto.

Estaba á punto de volver á entrar, cuando vió aproximarse á una muger decrepita y encorvada, que parecia fatigada ya por un largo camino y avanzaba penosamente apoyándose en un grueso baston de acebo.

—Mi buena señorita, dijo la anciana, soy una pobre vieja que viaja para cumplir una promesa. Dadme un pedazo de pan, por piedad, y algun dinero para poder seguir mi camino.

Margarita era naturalmente compasiva, pero su disgusto la ocupaba enteramente. Ella miró á la desconocida, cuyos pequeños ojos grises centelleaban con un brillo desagradable, y cuya fisonomia tenia un no se qué de horrible.

—No os puedo dar nada, respondió con disgusto; ¿quién sabe si mañana tendremos bastante para nosotros? No me importuneis mas, dejadme.

La vieja se alejó sin decir una palabra, y Margarita se entró, y fué al lado de su padre; y dirigiendo una ojeada á la rosa blanca, se sorprendió al verla müstia.

—¡Todo me abandona! gritó: esta flor que, yo no sé cómo, habia de ser mi consejero, perece con mi última esperanza. ¡Oh, qué desgraciada soy!

En la noche soñó con la vieja pordiosera.

—Soy injusta, hice mal en rechazar la súplica de esta muger. Es verdad que su mirada era siniestra y su figura repugnante; pero el que ruega, cualquiera que él sea, debe ser atendido; porque ningun mérito contraeremos en hacer solo que á los que han interesado nuestra simpatia.

Al pronunciar Margarita con pena estas palabras, oyó un armonioso murmullo que salia del vaso en que estaba la rosa blanca; y la flor, que parecia ya seca, recobró súbitamente su belleza primitiva.

—¡Ah! ya comprendo, exclamó Margarita; ¡oh, mi buen ángel, gracias! Esta flor os reemplaza á mi lado; ella me advierte las faltas y me enseña á repararlas. ¡Cuán injustas é impías eran mis quejas!

Margarita se acostó consolada. Al dia siguiente la despertó el ruido de un numeroso tropel que atravesaba

el sendero que se dirige hacia el Sena. Se levantó, y averiguando lo que era, supo que el rey de Inglaterra había hecho traer del Normandía y de Aquitania un gran número de ciervos, gamos y corzos; que todos estos animales habían sido embarcados en Rouen para hacer un presente al rey Felipe Augusto, y los barcos que los habían traído, después de remontar el Sena, debían echarlos á tierra cerca de Vincennes, donde habían sido destinados para poblar los bosques.

El desembarco de este cargamento debía hacerse con gran pompa; y los habitantes de Vincennes, y de dos leguas en contorno, dejaban sus trabajos para gozar de este espectáculo maravilloso.

Entre los pasajeros, Margarita distinguió á la vieja pordiosera que había despedido tan bruscamente.

—Mi buena madre, dijo la joven dirigiéndose á ella, perdonadme por haberos rechazado la otra tarde; y para probaros que no me guardáis rencor alguno, venid á descansar un poco en nuestra cabaña.

—Os lo agradezco, mi querida señorita; tan vieja como soy, no he visto jamás una fiesta semejante á la que se prepara, y sentiria mucho no asistir. ¿Pero vos no vendreis, mi bella niña?

—Mi padre está enfermo, contestó Margarita, y soy sola para cuidarlo.

—¿Qué importa eso? á pesar del deseo que yo tengo de ver esa brillante y singular ceremonia, ocuparé vuestro lugar cerca de vuestro padre, y podreis ir un momento á divertirlos con vuestras amigas.

La curiosidad era uno de los defectos de Margarita, y estas palabras la estimularon vivamente. Sin embargo, antes de contestar á la vieja, fué á consultar la rosa blanca, y la vió inclinar su cabeza marchita; volvió donde la esperaba aquella muger, y la dijo con tono firme:

—Me quedo al lado de mi padre.

La rosa blanca volvió al momento á su lozanía.

En el momento en que la vieja iba á separarse, Sebastian Larivet apareció sobre el umbral; pero luego que se apercibió de quién estaba con su hija, cayó sin conocimiento. Margarita, aturdida, se precipitó á socorrerle, y la vieja desapareció.

Habia pasado mas de una hora cuando el infeliz volvió de su desmayo; miró en derredor suyo con ojos espantados, como para asegurarse de que el objeto de su repentino terror no estaba allí.

—¿No acabará de perseguirme? exclamó ¡quiere que yo tome parte en sus odiosos maleficios! ¡quiere perder mi alma para siempre! ¡Ay! ¡La muerte de mi pobre muger ha sido un castigo del cielo!

—¿Quién es, padre mio, dijo con timidez Margarita, ese huésped misterioso que habeis hallado en el bosque?

—¡Oh, bellas llamas azules! dijo Larivet con una amarga sonrisa; ¡oh, Bella caldera de cobre! ¡Yo mataba seis corzos en un día, y mataré diez mañana! ¡Beberé el dorado licor que rejuvenece! ¡Ah de mis riquezas, de mis inmensos tesoros! ¡Ya no soy guarda-bosques, tengo hombres de armas, bajeles, feudatarios, pajes! ¡Yo mando, soy señor feudal!

—Por compasion, padre mio, le repuso Margarita con voz suplicante; desechad esos vanos desvarios; vos no sois señor feudal; recordad que hace cinco años os nombró guarda de sus dominios de Vincennes el rey Felipe Augusto. Vos sois Sebastian Larivet, el guarda-bosque, y yo vuestra hija, que os ama y respeta.

El insensato no oia: acurrucado en un rincón, permanecía mudo y sin movimiento.

Aquel mismo dia, dos individuos á caballo, y magníficamente vestidos, llegaron á la puerta de la cabaña, suplicando si podian descansar allí un momento.

—Nuestra morada es bien triste, dijo Margarita; pero entrad, señores, y sed bien venidos.

Los dos gentiles-hombres se enteraron de la situación de Margarita y de su padre; lamentaban sus desgracias entremezclando espresivos cumplimientos y lisonjas sobre sus gracias y belleza. La joven no consintió en ser adulada sin la saludable intervencion de la flor milagrosa.

Pocos dias después, el doctor Atanasio vino á visitar al enfermo. Margarita habia seguido estrictamente el plan trazado, pero sin el menor resultado, y nada le ocultó al sábio médico.

—Ya dudaba yo, dijo el entonces.

—Ved, señor, que el padecimiento tiene una causa moral en mi buen padre: sabed que es victima de una muger vieja, que parece haber ejercido contra él infames sortilegios.

—¡Ah! ¡Esto es singular!

Margarita contó al doctor sus dos entrevistas con la pordiosera, y el efecto que la presencia de ella habia producido sobre Sebastian. Atanasio la hizo describir minuciosamente el traje y la figura de la desconocida, y prorrumpió en estas exclamaciones:

—Basta, dijo él, ¿una señal negra entre sus cejas?

—En efecto, respondió Margarita, y eso es lo que contribuye á hacer su fisonomia mas horrible.

—Ahora bien, dijo el doctor, yo respondo de la curacion de vuestro padre.

Sin decir mas, montó sobre su jaco asmático y tomó el camino de Paris.

Margarita le siguió largo tiempo con su vista, y entre la nube de polvo que levantaba en el camino, distinguió dos caballeros que corrian hacia allí á toda rienda. Reconoció en ellos los dos gentiles-hombres que habia albergado recientemente, los cuales se apearon á la puerta de la choza del guarda-bosques, y suplicaron á Margarita les concediese otra vez hospitalidad.

La joven se apresuró á ofrecerles vino y frutas; y después de algunos minutos de conversacion indiferente, uno de los dos se levantó y le dijo:

—Gentil señorita, nosotros somos atraídos cerca de vos por el deseo de seros útiles. Teneis á vuestro padre enfermo, y es imposible que no le quiten su destino. Esto os obligará á trabajar para sostenerlo y para vos. Creednos: abandonad vuestra morada; vos no habeis nacido para vegetar en una cabaña. Con nuestra influencia, llevaremos á vuestro padre á un hospicio real y haremos que os presenten á nuestra graciosa reina Isabel, condesa de Hainaut. Vivireis en la corte, que os embellecerá: llevareis ricos vestidos, que os darán nuevos encantos; y el rey os casará con algun escudero. ¿Os conviene este plan?

Semejante proposicion, hecha por dos personajes tan importantes, la perspectiva de una existencia brillante, las lisonjas con que la habian mezclado, envanecieron á la hija del guarda-bosques.

—¿Será posible, dijo ella, que mi posicion cambie hasta este punto?

—Sin duda, bella señorita, no hay persona mas digna que vos de ser camarera de la reina, y mas de una gran señora envidiará vuestra belleza. ¿Estais decidida?

—Vuestra demanda es muy precipitada: dejadme reflexionar un momento.

Margarita miró la rosa blanca, que empezaba á palidecer, y sus brillantes tintas reaparecieron en el momento que la joven hubo pronunciado estas palabras:

—Buscáis en vano tentarme, nobles señores: yo he nacido en los campos, y en los campos quiero morir. Si la corte encierra radiantes esplendores, ella encierra tambien peligrosos escollos: yo amo mas la oscuridad tran-

quila y los puros placeres de mi condicion, que la agitación tumultuosa de una vida mundana. como obsesiones. Estas palabras fueron pronunciadas con un tono que quitó a los caballeros el deseo de replicar. Apuraron tranquilamente sus vasos conversando entre los dos en voz baja.

Poco á poco se apercibió claramente el ruido de un caballo, y el doctor Atanasio apareció en el umbral de la puerta.

—¡Oh! ¡oh! gritó al apercibirse de los dos forasteros que ya concluían su tarea.

Estos levantaron entonces la cabeza, dieron un gran grito y se transformaron en dos enormes murciélagos, que volaron con gran ruido. Margarita quedó petrificada de asombro: casi al mismo tiempo una violenta explosión hizo resonar sus ecos en el bosque de Vincennes, y Sebastian Larivet, que estaba bajo un emparrado en el fondo del jardín, corrió precipitadamente y se echó en los brazos de su hija.

—¡Dios ha tenido piedad de nosotros, mi querida hija, gritó; El te ha vuelto á tu padre!

—No me había engañado, dijo Atanasio.

—Ahora me ha parecido que vuelvo á nacer, replicó el guarda-bosques. Reconozco que mi razón ha estado largo tiempo extraviada, y siento que el tiempo de mi expiación ha concluido. Para que veas, mi querida hija, estoy muy seguro de que he sido bien culpable....

—No me lo digais, mi querido padre, exclamó Margarita, no renoveis vuestros tormentos con un recuerdo que me seria penoso oír.

—Eso yo se lo ahorraré, dijo Atanasio. Aunque yo rechazo el hacer un mal uso de la ciencia, sabed que en mi juventud he sido dado á la magia. Una muger llamada Sara, fué la que me inició en los misterios de la cabala: sabia que ella vagaba en los alrededores de Vincennes, y la reconocí fácilmente en la descripción que vos me hicisteis de ella, Margarita. Los libros que he consultado, y los cálculos que he hecho hoy mismo, me han iluminado acerca de todos sus pasos.

Retirada cerca de aquí, en un sendero abandonado, Sara, la hechicera, había visto á vuestro padre, y quiso hacerle cómplice é instrumento de sus maleficios. Ella le había prometido riquezas, había hecho caer á sus tiros numerosas piezas de caza, y su fin era atraerlo á firmar con ella un pacto criminal.

La ambición, una vana sed de oro, hizo sucumbir á vuestro padre bajo sus artificios. La lucha interior á que él se entregó sin cesar, turbó sus facultades; y el golpe fatal que recibió con la pérdida de vuestra madre, acabó de perturbar su razón. Sara queria aprovecharse para perderos, y os envió dos espíritus infernales que le obedecian; pero los cálculos cabalísticos me hicieron conocer que ella debía perecer hoy mismo entregándose á una operación mágica. Ese ruido que habeis oído, fué el de la explosión de su laboratorio; y verdaderamente su influencia es la que contribuía á mantener la enfermedad de vuestro padre, puesto que en el momento de la muerte de su perseguidor es cuando recobra la razón.

Hacia mucho tiempo que el doctor no pronunciaba un discurso tan largo; y terminándolo, estrechó la mano del guarda-bosques. Margarita estrechó de nuevo á su padre contra su corazón, y le contó la aventura de la rosa blanca; pero la maravillosa flor había desaparecido.

—Ya no te es necesaria, dijo Sebastian Larivet; tu padre está aquí para protegerte. Consulta siempre tu conciencia, esta flor que germina en nosotros y que se abre ó se cierra según que nuestras acciones son buenas ó malas: conserva cuidadosamente las virtudes que te han hecho merecedora de la protección del cielo; guarda vivo en

tu corazón el recuerdo de tu buena madre, y no tendrás necesidad de buscar para consejero la flor cogida sobre su tumba.

En la explicación de los dibujos que se aplican á las necesidades de la vida, se reproducen ahora, que esta labor consiste en la ejecución de tres puntos principales, base fundamental de todo cuanto haya de combinarse para aplicar los mas variados dibujos y objetos, hechos con la hebra de algodón ó lana, diestramente conducida por una aguja recta que termina en gancho abierto, con el que se saca aquella para formar los puntos.

CROCHET.

A fin de preparar convenientemente la explicación de los dibujos que en adelante hayamos de ofrecer á nuestras lectoras para las infinitas y á cual mas escogidas aplicaciones que se hacen de esta labor, reanudaremos las principales indicaciones que bajo este epigrafe hicimos en un corto artículo de nuestro número segundo, y terminaremos la explicación de los puntos en que consiste el tan generalizado y útil trabajo de *crochet*.

Dijimos entonces, y reproducimos ahora, que esta labor consiste en la ejecución de tres puntos principales, base fundamental de todo cuanto haya de combinarse para aplicar los mas variados dibujos y objetos, hechos con la hebra de algodón ó lana, diestramente conducida por una aguja recta que termina en gancho abierto, con el que se saca aquella para formar los puntos.

El primer punto dijimos que es la cadeneta, y que se hace cruzando la hebra sobre si misma ó volteándola sobre la aguja por su extremidad para formar el lazo por donde entre la punta ó gancho, para tomar la hebra, que sacará por el mismo lazo, y formar de este modo una serie de puntos á cadeneta, apoyo de todo lo que se ha de ejecutar.

La media brida y brida entera son los puntos sucesivos, algun tanto mas complicados, pero suficientemente sencillos para que puedan ejecutarse con solo verlos hacer una vez; se llaman tambien por algunos punto sencillo y punto doble, porque, tanto en la ejecución como en el efecto, lo son, en verdad, el uno del otro, como el mas sencillo viene á serlo de la cadeneta.

La media brida, ó punto simple, se hace de la manera siguiente: se pasa la aguja por el punto en el cual haya de continuar la labor donde acaba la cadeneta, y se toma el hilo para sacarle, haciéndole pasar al mismo tiempo por el punto nuevamente formado, y que sirve de lazo en la misma aguja; despues de lo cual se le conduce á otro punto en que ha de seguir la labor.

La brida entera se forma introduciendo la aguja en el punto de la vuelta precedente y tomando el hilo para hacerle pasar por este y por los dos lazos de media brida que debe llevar la aguja.

A los puntos anteriores, que consideramos fundamentales en la labor de *crochet*; y con los que basta para hacer preciosas aplicaciones, se agregan otros tres, que no son otra cosa que compuestos de los anteriores sobre una misma base, á fin de extender á mayores combinaciones la aplicación, para que los dibujos puedan ser mas complicados y sorprendentes. Estos puntos son la simple barreta, barreta doble y triple barreta.

Se ejecuta la barreta simple, colocando el hilo en la aguja que, como siempre, debe ya llevar el lazo del punto precedente; se introduce en un punto de la vuelta anterior para tomar el hilo otra vez y pasarlo por este punto: la aguja debe entonces reunir tres lazos ó vueltas, y tomando el hilo sobre ella, se pasa por los dos primeros para volverlo á tomar y pasarlo por el último.

La doble barreta consiste en tomar dos vueltas de hilo sobre la aguja, es decir, pasar siempre el hilo por los dos primeros lazos que ella lleva, para volver á tomar el hilo y pasarlo por los dos siguientes; y así sucesivamente.

La triple barreta se forma pasando tres veces el hilo

sobre la aguja para hacer lo que en la barreta doble, con la sola diferencia de que son tres, en vez de dos, lazos ó vueltas que se pasan para tomar el hilo.

En la combinacion de estos puntos, segun reclama la complicacion de los dibujos, es en lo que consiste esa sorprendente variedad de confecciones que se aplican á objetos de tan distintos usos, conforme á las necesidades

y el gusto. Así, pues, el uso de los nombres que les hemos dado, como admitidos en el lenguaje especial de esta clase de labores, será bastante para las descripciones de los trabajos que se han de ejecutar y dar aplicacion á los dibujos que publicaremos en adelante.

E. R.



CINTURÓN DE TERCIOPELO

color de fuego

BORDADO CON CORDON DE ORO Y PERLAS ARTIFICIALES.

El dibujo que dedicamos á este objeto es el de mas novedad y aceptacion para una elegante toilette, por su admirable efecto. Como no á todas nuestras amables lectoras puede proporcionar el comercio estos preciosos accesorios, nosotros contribuimos en cuanto es dable á que

los consigan con solo dedicar algunos ratos de entretenimiento á una labor de gusto, haciendo aplicacion del dibujo que las ofrecemos, en la forma siguiente:

Se toma el terciopelo que ha de servir de caida en el cinturón; y arreglada su extremidad á las dimensiones del

dibujo, se calca como en los bordados de esta clase. A simple vista se conoce que todos los contornos de las hojas y las flores, las nervaduras y los tallos, se han de bordar con hilo de oro; y para mayor facilidad y mejor efecto, en las nervaduras y líneas oblicuas que atraviesan el interior de las flores, lo mismo que los contornos, aconsejamos á nuestras lectoras que empleen un cordón fino.

Las pequeñas marcas en blanco, de que aparece sembrado el dibujo por el interior de las rosas, se bordarán con perlas artificiales, tan pequeñas como sea posible obtenerlas: el resto se borda á espunte de seda fina color de granate.

El cinturón se puede guarnecer también alrededor con una estrecha puntilla blanca ó negra, que se pega á una

pestaña de seda un poco mas ancha, puesta á la orilla del terciopelo.

Aunque hemos marcado el color del fuego para el terciopelo que haya de emplearse, no queremos decir con esto que no se admita otro cualquiera. Muy al contrario: es aceptable otro, y con preferencia marcada, el del color del vestido, que es el que hace mas armonía, una de las primeras condiciones para toda elegante toilette. El dibujo y bordado se pueden aplicar igualmente á terciopelo verde claro que á verde subido, negro, azul, pensamiento, lila, azul cielo ó blanco.

Terminaremos manifestando que este cinturón se sujeta al talle á favor de un gracioso broche de oro.

C. R.



LIMPIA-PLUMAS.

Este trabajo consiste, como patentiza el dibujo, en una redondela de cuero de un color moreno claro. Se adorna con una aplicación de seis ramas de cuero, cortado, del mismo color. Estas ramas se fijan por medio de un hilo de oro, que se emplea para marcar las nervaduras de las

hojas. Los adornos que componen el borde exterior de la redondela, y los que forman la corona del centro, están pegados con seda roja ó hilo de oro. Perlas de oro marcan los puntos en blanco del interior de los óvalos y de los rombos de estas dos guarniciones.

EL SPLIN.

Una mañana que la ciudad de Londres estaba cubierta de una espesa niebla, un pobre anciano andaba de acá para allá en Hyde-Park recogiendo con penoso afán algunas astillas de madera. Aquel bello paseo, tan animado en las últimas horas de la tarde, estaba todavía silencioso y solitario. El anciano, que no había encontrado ningún ser humano allí, oyó el ruido de un caballo que se acercaba á galope. Casi oculto detrás de los árboles, y á favor de la niebla, podía verlo todo sin ser visto. El caballo se detuvo, y un hombre como de unos treinta años se apeó. Su compostura, con arreglo al último capricho de la moda, era á la vez elegante y rica; una cadena de oro de esmerado trabajo, tenía suspenso un reloj; mangas de finísima batista caían sobre sus manos, en las que brillaban sortijas de gran precio; pero con todo este lujo, muy extraño á semejante hora, aquel joven parecía preocupado con las mas tristes ideas. Despues de haber atado su caballo á uno de los árboles, se paseaba á paso largo hablando solo, á media voz, y dirigiendo á su derredor miradas vagas. El anciano creyó que aquel hombre había ido á batirse en duelo, y que no esperaba mas que los testigos y á su adversario; pero nadie se presentó. El joven, tan agitado poco antes, parecia que se calmaba, como si despues de la ansiedad mas cruel hubiese tomado de pronto una resolución irrevocable. Se sienta á la orilla, escribe algunas palabras con lápiz, levanta los ojos hácia el cielo, hácia aquel cielo sombrío y helado que ningun rayo del sol penetraba. Sacó en seguida de su bolsillo una pistola, y la apoyó contra su frente. El tiro falló. El anciano, que lo había observado todo, se lanza sobre aquel insensato y quiere arrancarle el arma fatal. El joven se resiste contra su libertador y le amenaza con un puñal que llevaba oculto. «Herid, dijo tranquilamente el anciano; yo no temo la muerte mas que vos, pero sé esperarla. Ved mis arrugas y mis blancos cabellos; he sufrido quizá veinte años antes que naciéseis; he sufrido y sufro aun, no los pueriles dolores que engendra un cerebro enfermo, sino los males mas reales y vehementes que pueden afligir á una criatura humana. Sufro, no solamente por mí, sino por una numerosa familia condenada á la indigencia; y sin embargo, jamás me ha ocurrido la idea de desertar del puesto en que Dios me ha colocado, y espero que plegue á su voluntad el poner término á mis males.»

Estas palabras, pronunciadas con el acento de la conciencia y de la caridad, penetraron en el alma del joven con una claridad inexprimible. Quedó algun tiempo inmóvil, dejando derramar despues un torrente de lágrimas. Tomó las manos del anciano y le dió su bolsillo lleno de oro. «No es esto, le dijo, pagar bastante la lección que por vuestra boea me ha dado la Providencia; en adelante, quiero proveer á todas vuestras necesidades.» Diciendo esto, volvió á montar á caballo, y regresó á la ciudad de Londres reconciliado consigo mismo y con la vida que se había querido quitar.

F.

MODAS.

Tres trajes, á cual mas elegantes, forman hoy el objeto de nuestra *Revista*, en la cual prescindiremos de los detalles, para que estos, las telas, modificaciones en la confección, y los trajes de niños, nos ocupen exclusivamente en el número inmediato.

Es el primero una rica y admirable toilette de novia, cuyo tocado consiste en bandós huecos y vueltos, con dos

rollos cogidos atrás. Corona de camelias blancas, sonrosadas en el centro, con mezcla de flores de naranjo y lirios. Muy poco follaje verde.

Gran velo de tul ilusión, sin bordado ni orillas, ligeramente redondeado y bajo por delante, formando bien la caída atrás.

Vestido de terciopelo imperial blanco, adornado con rizados de tafetan blanco.

Cuerpo alto, abotonado por delante, guarnecido de un encaje inglés ligeramente fruncido, formando cuello y continuando en chorrera por delante hasta la cintura. Corte redondo. Cinturón de tafetan atado sencillamente al lado izquierdo. Del lazo arranca un ramo de camelias y flores de naranjo, que suben bastante alto al costado.

Las mangas forman huecos en el hombro, descendiendo en llano por delante en un ancho de ocho centímetros, y formando una especie de vuelta que circunda la extremidad. La parte posterior de esta manga es ancha y plegada. Un rizado con bordes recortados á cuatro órdenes rodea el brazo; bajo el ahuecado del hombro, rodea la parte lisa otro rizado igual. Un encaje cosido bajo la manga guarnece el bajo.

La falda tiene nueve paños, cortados en punta en lo alto, y montada á pliegues abiertos. El bajo cae por delante de modo que se descubre el pié; por detrás forma una cola de veinticinco centímetros.

Un rizado recortado, compuesto de cuatro órdenes bien fruncidos, vá colocado en greca alrededor de la falda.

Toilette de calle. Sombrero de tafetan pensamiento y de tul de seda bordado. Bandó de botones de rosas mezcladas con blonda blanca. El ala de este sombrero es de tafetan, muy elevada, larga y muy estrecha abajo. Está guarnecida por cocas de cinta colocada en llano bajo el ala. Sobre ella, y en lo alto, tiene tres órdenes de cocas en llano. Estas cintas son del núm. 16.

El bandó del casco está cubierto por dos bullonados de tul bordado. El fondo, caído, vá fruncido con gruesos frunces á lo largo. Los frunces vienen á reunirse atrás en un cogido de cocas. El bavalé es de tafetan. Las cintas, del número 16, parten de las cocas del ala y descenden guarneciendo sus bordes y se atan bajo la barba.

Manteleta á lo Luis XII y vestido de tafetan negro guarnecido de blonda y tafetan pensamiento.

Esta manteleta vá plegada en la espalda hasta el tallo por cinco pliegues, que están pegados á él por presillas de pasamanería y azabaches. Estos pliegues, libres desde el tallo, desenvuelven todo el ancho en forma de falda.

Una esclavina con borde festoneado, formado por diez y ocho festones, adorna la parte alta.

Un cordoncillo de tafetan pensamiento, entre dos puntillas de blonda negra, marca las diez y ocho divisiones de esta esclavina. Una ancha blonda la guarnece y sube estrechando por delante. Todas las orillas van cordoneadas de pensamiento.

El vestido está guarnecido en el bajo con un rizado negro, entre dos rizados pensamiento.

Otra. Recomendamos como toilette de alta novedad para la estación presente, un vestido de tafetan verde subido ó claro, guarnecido por un delanterero sobre la falda de doce volantes recortados, cogidos por un gran escarolado. Las mangas son anchas, un poco fruncidas á la sangría, y hendidas por detrás, para dejar ver un gran bullon de muselina, que vá cogido por un doble rizado.

Sombrero de tul adornado con plumas blancas, y otra pequeña, rizada, con follaje en el interior.

EMILIA R. Y R.

MADRID 15 DE ABRIL DE 1861.